

“Juanito” o la impostura

Francisco Valdés Ugalde

El no muy flamante delegado electo de Iztapalapa encarna un síndrome de la política nacional: el síndrome de la impostura. En su segunda acepción ofrecida por el *Diccionario* de la Real Academia Española, la impostura es definida como “fingimiento o engaño con apariencia de verdad”. Personalizada se traduce en “impostor”.

Juanito fingió cuando prometió delegar su encargo a una de las precandidatas del Partido de la Revolución Democrática, Clara Brugada, quien no consiguió ser candidata formal de ese partido en la demarcación debido al fallo del Tribunal Electoral del Distrito Federal, que corrigió el proceso interno en favor de Silvia Oliva.

Ambas candidatas recibían el favor de las tribus de Andrés Manuel López Obrador y de Jesús Ortega, respectivamente. La hercúlea contienda no era, pues, sólo entre candidatos para representar a los ciudadanos de Iztapalapa, sino entre fracciones del partido para tener presencia dominante en la delegación y poder hacer de ella un espacio para la proyección de su influencia más allá de los intereses de los ciudadanos implicados.

El “fingimiento o engaño con apariencia de verdad” se extiende entonces más allá de *Juanito* y abarca un juego estratégico, es decir, cínico por oposición a sincero de parte de las principales fuerzas de ese partido, que tiene en el Distrito Federal lo más importante de sus bases electorales.

De poco valió el fallo del Tribunal Electoral del Distrito Federal para hacer justicia en relación con el proceso electoral espurio interno al PRD en la elección entre precandidatas. Bastó con la negativa del *presidente legítimo* a reconocer el resultado de la sentencia para que la fracción por él encabezada levantara la mano del candidato del partido de al lado e inclinara la votación a favor de un militante ajeno. Al ser investido por López Obrador a cambio de la promesa de entregar el poder a la inhabilitada Brugada una vez ganada la elección, se convirtió en candidato, y ahora, por el voto popular, en delegado electo.

Con la astucia y realismo que al parecer lo caracterizan, *Juanito* ya no quiere entregar el puesto. Se ha dado cuenta a la perfección del ambiente político que le rodea. Como el ladrón

que roba a ladrón, cree que podrá tener 100 años de perdón. La petrificación, más que consolidación, de un “sistema de partidos fuerte” ha hecho del travestismo político una profesión o por lo menos un oficio practicable bajo la jefatura máxima de los partidos políticos y sus hombres y mujeres fuertes.

No es privativa del PRD la práctica del oficio. Pero pocos casos tan notables en tan breve tiempo como el de *Juanito*, que se convirtió en el estandarte de una fracción del PRD que acude a un candidato de otro partido para dirimir sus conflictos de poder territorial con otra fracción del mismo partido, y le sale mal la jugada.

Por supuesto que en la interpretación que difunden los partidarios de Brugada, todo fue producto de una maniobra más de “la mafia” que gobierna el país para impedir que llegase al gobierno de Iztapalapa una representante “legítima” del pueblo. Todos vimos a *Juanito* con la mano en alto levantada por Andrés Manuel López Obrador cuando prometió que al ganar entregaría el puesto a Clara Brugada, pero era solamente un candidato impostor, un agente de la impostura.

Una sorda lucha de poder y a veces ni tan sorda es lo que vemos en ese partido. Ningún debate serio, ninguna propuesta política alternativa de gobierno claramente distinta y practicable.

Es lamentable. El mayor partido de la izquierda; el esfuerzo más grande por construir una alternativa que respondiera genuinamente a los intereses de los menos favorecidos; que se comprometiera sin ambages con el cumplimiento y la renovación de la ley; que ofreciera un espacio para la construcción de una razón pública nueva y diferente, capaz de combinar la democracia y su componente de libertad con las luchas por reducir la desigualdad social y ampliar el bienestar; que renovara la política para infundir dignidad en la vida pública.

El resultado está a la vista: una reducción dramática de los votos en favor de esa franquicia. La reacción en revancha no se ha hecho esperar: López Obrador se muestra dispuesto a la utilización de la política bajo cualquier forma, incluso en sus modalidades más inmorales, con tal de mantener su poder contra viento y marea. Las ideas no importan, no hay nada que discutir. Se trata sólo de poder. *Juanito* lo sabe y por eso actúa en consecuencia.

ugalde@unam.mx

Investigador del Instituto de
Investigaciones Sociales de la UNAM

